

*Volumus à te signum videre.* ras, es señal de resistirse á creer.  
*Similis est natura infidelitatis* La infidelidad es muy parecida  
*terre arenosæ, quia quantum-* á la tierra arenosa, que por mu-  
*cumque pluviam susceperit non* cho que se riegue nunca da frutos.  
*fructificat.* CHRYS. IN MATTH. XII.

Véase: INCREDELIDAD.

## APOSTOLADO DE LOS FIELES.

*Elige tibi viros, et vade, et libera fratres tuos.*

Escoge un cuerpo de tropa, y vé á librar á tus hermanos.

(I Machab. v, 17.)

Hermanos míos, este texto os revela ya todo mi pensamiento. Nuestro Señor Jesucristo habia enviado al sacerdote con su nombre, con su cruz, con su corazon, en busca de las almas oprimidas por el pecado para darles libertad; pero tambien le dijo: no irás solo; yo voy contigo, y contigo irán todos los míos. Como tendrás en tu favor los auxilios del cielo, te darán apoyo en la tierra; y para la santa cruzada de la salvacion se formará, pues, digámoslo así, una alianza de la caridad cristiana con la misericordia divina. Escoge pues hombres de corazon.

¡Y es cierto, hermanos míos, que el mismo cielo os ha escogido! ¿No sois vosotros, cristianos, los escogidos del mundo? ¿No es el cristiano en la tierra el apóstol del mundo? ¿No es el cristiano el auxiliar del sacerdote, como el sacerdote es el cooperador de Dios? Pues bien, ha llegado la hora, amados oyentes, ya que se acerca el tiempo de la gran misericordia. Venid, pues, vamos todos juntos, *vade*, y salvemos á nuestros hermanos, *et libera fratres tuos*.

¡Ay! nada podemos sin Dios; pero podemos poquísimo sin vosotros: en la union está la fuerza, nos dice el Evangelio, así en el cielo como en la tierra. Cuando os decimos: venid, *vade*, hermanos míos, tal vez nos preguntais: ¿Por qué? y al decir: salvad á vuestros hermanos, nos preguntais quizá: ¿De qué modo? Vamos pues á responder á estas dos preguntas y á examinar en seguida la mision del cristiano en el mundo. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Sí, amados oyentes, todo cristiano tiene verdaderamente una mision en el mundo, y para hacéroslo comprender, voy á indicaros ahora mismo su punto de partida y su término. Su punto de partida es la fe, y su término la caridad. Cierto, que este pensamiento es muy admirable para concebido por un hombre. Fué su autor el grande Apóstol, que lo escribió por inspiracion de Dios: «Sois hombres de fe, sed pues hombres de caridad.» En efecto, carísimos hermanos, hay dos grandes hechos que son objeto de nuestra fe y los móviles de nuestro celo. El uno ya pasó, pero siempre está presente por su recuerdo y su eficacia; el otro, ¡ay! es ya presente, y su realidad será eterna. El primero es la cruz de un Dios, y el segundo el pecado del hombre.

Id, pues, os diré, cristianos, en nombre de un Dios crucificado: id vosotros, que habeis recibido la importante mision de convertir almas á Dios. ¡Ah! el espectáculo de la sangrienta cruz de la cual pendia Jesucristo, produjo en el cielo la satisfaccion de abrir sus puertas á las almas que esperaban la redencion, y en la tierra causó una conmocion profunda. Dejad que trascurran algunos dias, y vamos á vernos en la cumbre de la santa montaña, vamos á hincar las rodillas al pié de la cruz. Jesucristo está pendiente entre el cielo y la tierra; el cielo está enojado, sombrío y amenazador; la tierra culpable se ve agobiada bajo el peso de sus crímenes y los rayos del anatema divino, y entónces el Dios salvador se interpone entre su Padre y los culpables: «Perdónales, dice, pues no saben lo que hacen. Son pecadores, pero yo soy tu Hijo: tomo sobre mí sus culpas, y les dispense mis méritos.» Y la ofrenda es aceptada, y el Hijo atrae sobre sí todas las culpas, y nos ampara y protege. ¡Ah! vedle herido de muerte, ya no tiene mas que un soplo de vida, y aun exhala un gran grito: *Sitio!* tengo sed: la tendrá hasta la muerte, porque tiene sed de la salvacion de las almas! Luego despues, entrega su espíritu á su Padre eterno. Al pié de la cruz pudieran grabarse estas dos inscripciones: Así amó Dios á los hombres. Esto costaron á Dios las al-

mas. En todas partes creo ver á Jesús pendiente aun del santoadero en actitud de llamar á las almas; y do quiera que veo almas, creo ver una gota de la sangre de Jesús. Un alma, sumida en las tinieblas del pecado, es una gota de la sangre de Jesucristo que se pierde. Id á recogerla, id, y volvedla al corazon del que manó. Os lo repito en nombre de la caridad divina, convertid almas al Dios que por ellas murió en el Gólgota.

2. Otro cuadro, cristianos, nos presenta la fe. Debajo de la cruz se abre un abismo, en el cual pueden perderse muchísimas almas: id, pues, en cumplimiento de vuestra mision y en alas de la caridad, y convertid á Dios vuestros hermanos extraviados. Abierto está el infierno, hermanos míos, y la multitud se precipita en el ancho camino que conduce al abismo. «Las almas caen en los infiernos, tan apiñadas, tan numerosas como los copos de nieve en un día de invierno.» Y ¿quién, amados oyentes, levantará un dique en el camino del abismo? Aquí está el sacerdote, no hay duda, el sacerdote que se mantiene firme en su puesto, en el umbral de la eternidad, para detener á las almas extraviadas; pero el sacerdote no basta, bien lo veis, el sacerdote no puede alcanzar á todos.... Hay algunos que temen al médico, al salvador, como si trajera consigo la muerte. Ahora bien, vosotros podeis hacerlo. Id! id á donde no puede llegar el sacerdote; reemplazadnos, exclamaba san Agustin, tended una mano de amigo, una mano salvadora á vuestros hermanos que se pierden! En nombre de la caridad cristiana sed celosos y solícitos por la salvacion de las almas.

Bien sé, hermanos míos, que basta exponer estos dos motivos para que hallen cabida en el corazon de cualquier hombre, y especialmente de un cristiano; la inaccion, esto es, la inercia de los indiferentes es lo único que en todo caso opondrá resistencia; pero ¿es posible que un católico diga: yo no respondo de los demas; bastante tengo que hacer para salvarme, sin pensar en los otros? Pues bien, si solo de vosotros respondeis, ¿ignorais acaso, que hasta para responder de vosotros teneis que responder de los demas? ¿No respondeis sino de vosotros! ¿Direis lo mismo al Padre de familia si un día os pregunta: qué has hecho de tu hermano, su sangre clama venganza desde la tierra? Cierto es, que hartos os costará vuestra salvacion si sois tan poco caritativos y generosos, que no quereis pensar en los demas; pero tened en cuenta, que precisamente la caridad y el celo, léjos de fatigar, nos proporciona alivio y nos da fuerzas. El celo de la caridad, que se emplea en convertir á los demas, os ayudará á salvaros á vosotros mismos; el celo de la caridad os alejará de

la senda del vicio. Si rebois en actividad, absorvedla en el celo: tambien á S. Francisco Javier le movia su carácter enérgico, pero lo empleó en su celo, y para conquistarse la felicidad eterna, empezó por la conquista de las almas. El celo, por su propia inspiracion, os llevará hasta el último término de la perfeccion cristiana, porque lo mas excelente que hay en el mundo es la religion, y lo mas excelente en la religion, la caridad; pero lo mas excelente que hay en la caridad, es el celo.

El alma indiferente dirá acaso: yo me contento con no hacer mal á nadie: cada cual es dueño y árbitro de sí mismo, y no quiero meterme con los demas, como no quiero que los demas se metan conmigo.

Cristianos, cada cual es dueño y árbitro de sí mismo; pero advertid, que este sofisma envuelve la indiferencia de los principios disimulada con la tolerancia de las personas. Cada cual es dueño de sí mismo; es verdad; pero ademas de nuestra propia individualidad ¿no tenemos que atender á los deberes de familia? ¿Acaso la amistad que por ella se interesa, y la caridad generosa, son un atentado á los derechos del hombre? ¿Acaso podemos ser ni manifestarnos ajenos á la salvacion de las almas? ¿No somos todos hermanos? ¿No nos unen los lazos de la naturaleza, de la religion y de la sangre? No importa que nuestro prójimo sea culpable; esta es precisamente la causa de su infelicidad: no importa que se resista á nuestros consejos, á nuestro celo; por esto debemos insistir. ¡Ah! si supierais cuanto le cuesta á veces á un pobre pecador el convertirse! Si supierais lo que sufre su alma antes de ceder, antes de poner término á la lucha que experimenta.... S. Agustin nos ha descrito esa lucha terrible, en la cual el demonio defiende su puesto con una tenacidad digna de él.... Por lo demas, cuanto mayor es la crisis, mas corta suele ser; y cuanto mas sufra interiormente el pecador, mas copiosas y consoladoras lágrimas de alegría verterá luego de reconciliado en el seno de la misericordia. Y entónces experimentareis la mayor de las satisfacciones que pueden darse en este valle de lágrimas, como lo es la de haber cooperado á la conversion de un pecador. Bien lo comprendeis, cristianos. La mayor complacencia de Dios, dice Orígenes, consiste en la salvacion de las almas; y cuando se ha contribuido á la salvacion de un alma, Dios se place que penetre en vuestro corazon un rayo de su alegría.

Tal es, cristianos, vuestra mision en el mundo. El Dios que os crió y que os favoreció con los dones de la fe y la caridad, os ha confiado el cargo, la mision excelente de coadyuvar á la salvacion de

vuestrs hermanos: *Vade et libera fratres tuos*. Pues bien; ¿lo habeis hecho así? ¿Habeis cumplido hasta ahora con el importante cargo que os imponen la caridad y el celo? ¿Ah! en vez de cumplir con este deber, acaso solo habremos pensado en nosotros mismos, alegrándonos exclusivamente de nuestras alegrías, afligiéndonos exclusivamente por nuestras penas, y echando en olvido, que Dios murió para la salvacion de nuestras almas, de esas almas que se precipitan por el camino del infierno. Echad una mirada á la sociedad, y solo vereis en ella una continuada série de escándalos, pecado gravísimo por el que Jesucristo maldijo al mundo; pecado gravísimo, que proporciona al demonio innumerables secuaces. Siendo esto así, como lo es, pocos serán los auxiliares que el cielo encontrará entre nosotros. Id, pues, *vade!* Dios es quien os envía; id y salvad á vuestros hermanos! Tal es, repito, cristianos, vuestra mision en el mundo.

Vamos ahora á examinar cuales deben de ser las acciones de un cristiano en el mundo.

3. Hermanos míos, cuando la fe ha infundido en el alma el fuego de la caridad y el celo, parece que ya se podría dejarle obrar por sí misma; pues sabido es, y se ha dicho con razon: Amad, y haced cuanto querais. A la caridad no hay necesidad de indicarle medios: ella misma sabe hallarlos, y aunque no los tuviera, sabría crearlos. Por otra parte, si el celo considerado en su esencia y en los móviles de su inspiracion, no tiene prescritos determinados límites, ha de atenerse, sin embargo, á una norma en la práctica, y despues de ceder á la inspiracion, es preciso pensar en que el celo debe dirigirse para que no degenera en imprudente. ¿Qué debe hacer por consiguiente, hermanos míos, un cristiano en el mundo? Se trata de procurar y conseguir la reconciliacion entre vuestro Dios y vuestro hermano, y vosotros habeis de constituíros en mediadores entre uno y otro. Por lo tanto, es preciso atender á Dios y al prójimo; al prójimo para decidirle á que se convierta, á Dios para moverle á que use de misericordia con él. Pero como ya sabeis que no podemos influir en la voluntad agena sino por medio de la palabra, pues con la palabra expresamos nuestros pensamientos y aspiraciones, hay que hablar de Dios al alma, y hablar del alma á Dios. Dos son, hermanos míos, los medios de que podemos valernos para hablar al alma, el ejemplo y la persuasion.

El ejemplo es sin disputa el mejor medio; es la palabra mas elocuente, la mas eficaz, la mas útil, porque edificando á los demas, nos santifica á nosotros mismos. El ejemplo es lo que Jesús nos recomendó expresamente: «Brille vuestra luz delante de los hombres,

decia, para que siendo testigo de vuestras virtudes, glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos.» ¿No habeis experimentado mil veces la eficacia del buen ejemplo? En el discurso de vuestra vida habeis pasado sin duda dias infaustos, que ahora quisierais borrar de vuestra memoria como, segun creo, habrán desaparecido de vuestra vida; os arrepentís de aquellos dias en que experimentabais la desazon propia del que vive en el desorden; dias en que viviais intranquilos, porque os faltaba la gracia; dias en que vuestra culpable conducta os habia alejado de vuestro Padre, celestial; y entónces, en los momentos en que la razon se sobreponia á vuestros desórdenes, exclamariais: «¡Ay! yo muero de hambre, desfallezco, me mata la tristeza!» Y luego, comparándoos con otros, tal vez con un hermano, ó con un fiel amigo, diriais: «Ese hermano, ese amigo fiel á su Dios, es feliz, está contento, su frente revela la paz de su corazon; ¡ah! siento lo que he perdido, deseo recobrarlo!...» El atractivo del buen ejemplo tal vez os convirtió de nuevo á Dios. Así, pues, cuando una madre, una esposa se distingue en el seno de la familia por los buenos ejemplos de virtud, ejerce el apostolado.

Despues del ejemplo, hermanos míos, viene el consejo, la persuasion, por medio de la cual se habla de Dios al alma. En efecto, vemos que nuestro Señor Jesucristo, al pasar por la tierra, cuando se le presentaba la ocasion, no dejaba de dar á los hombres algunos consejos, que debian ser el gérmen de salvacion. Cuando encontraba un hombre de buena voluntad, le decia: ¡Sigueme! *Sequere me!* MARC. II, 14. Pero al encontrar un alma infiel le hablaba en otros términos: ¡Ah! si supieras! *Si scires!* JOAN. IV, 10. Esta frase era familiar á Jesucristo; en tanto era así, como que la dirigió á Jerusalem: *Si cognovisses!* LUC. XIX, 42. ¡Ah! si tú supieras! ¡Cuántos pensamientos envuelve esta concisa frase! ¡Ojalá pudiera dirigirla con eficacia al prójimo que vive apartado de Dios! ¡Ah! ¡si tú supieras, hermano mio! *Si scires donum Dei!* Esta frase seria acaso el principio de su conversion. Al consejo de un hermano debe la Iglesia el Principe de los apóstoles. Si Pedro conoció á Jesús, fué por lo que le dijo su hermano Andrés; y Pedro, no solo fué discípulo del Salvador, sino que se vió elevado luego á la dignidad encumbrada de cabeza visible de la Iglesia. Tambien, en época mas reciente, la Iglesia ha debido un apóstol á la palabra de un amigo. Hace tres siglos que se hallaba en París un jóven estudiante, que pensaba poco en Dios y en su alma, y solo soñaba gloria y fortuna. Un amigo, estudiante como él, le encontró, y aprovechando una ocasion oportuna le dijo: Javier, ¡ah! ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el uni-

verso si llega á perder su alma? Ni siquiera le oyó Javier. Poco tiempo despues, este amigo, prevaleiéndose tambien de la oportunidad, le repitió las mismas palabras: ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el universo si llega á perder su alma? Javier dió oido á las palabras del amigo, mas no las atendió. Por tercera vez aprovechó su amigo una ocasion para repetirle: Javier, ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el universo entero, si llega á perder su alma? Entónces Javier atendió al amigo; reflexionó; la palabra penetró en su corazon; convirtiósese; y la palabra de un amigo, con la conquista de un hombre, conquistó todo el mundo.

Si no hablais de Dios al alma, á lo ménos podeis, sin temor de ser importunos, hablar del alma á Dios. Hé aquí, hermanos míos, lo que os recomiendo con preferencia. Hablad á Dios en la oracion, que es el mejor y el mas aceptable de los sacrificios. Hablad á María, á esta madre de misericordia, que conoce á fondo los efectos de la alegría y del dolor. Hablad á María. Ya veis que el celo, en estos últimos tiempos, nos revela aun con prodigios é innumerables conversiones la poderosa eficacia de la oracion dirigida al immaculado corazon de María. Hablad á Jesucristo al pié de la cruz, hablad á Jesucristo al pié del altar y decidle: Jesús mio, no puedo gozar de verdadera satisfaccion en vuestro servicio, si no comparto mi felicidad con ese amigo, con ese hermano, con esa alma que amo y que vos amais. ¡Ah! no lleveis á mal que yo pierda en cierto modo la paz de mi alma, ya que vos disteis por ella vuestra vida. Pero no os olvideis de acompañar la oracion con ejercicios expiatorios, entre los cuales debeis ofrecer con preferencia el santo sacrificio de la misa; porque entónces con vuestra oracion sube del altar al cielo la que desde la cruz dirigió Jesucristo á su eterno Padre. ¡Padre mio, dice Jesucristo aun, perdónales, pues no saben lo que hacen! Y esta oracion se hace eficaz por los infinitos méritos de Jesucristo. Ofreced tambien, cristianos, vuestras propias expiaciones. Bien lo sabeis; en esta vida nunca nos faltan pesadumbres; pues bien! ofrecedlas á Dios en sacrificio; y este será el medio de utilizarlas. Ofreced al Señor vuestros sufrimientos y penalidades, ofrecedlas por la conversion de las almas, y Dios os oirá benigno.

Tal es, hermanos míos, la mision que habeis de cumplir; tales son las obras que podeis hacer.

Así pues, en nombre de Dios, en nombre de la humanidad, id: *Vade, libera fratres tuos*; libertad á vuestros hermanos, salvad á las almas; hacedlo con el ejemplo, hacedlo con la oracion. Cristianos, si al salir de este sitio despues de escitar vuestro celo, os sentís

animados de un entusiasmo sagrado, comunicadlo á vuestras familias. ¡Oh! Así lo espero de las bendiciones de María á quien hemos invocado, lo espero del patrocinio del patriarca S. José, lo espero del corazon de Jesús, lo espero de vosotros mismos, hermanos míos, y creo y confío, que este año verá el padre de familia nuevos convidados en el sagrado banquete, en el banquete pascual; y en nombre de Dios aseguro á todos los que hayan contribuido á la salvacion de las almas, que brillarán como la estrella de la mañana por toda la eternidad. Amen.

## APOSTOLADO

### DE LA MUJER CATÓLICA.

*Tu gloria Jerusalem, tu letitia Israel,  
tu honorificentia populi nostri.*

Tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel: tú la honra de nuestra nacion.

(Jud. xv, 10.)

Vosotros sabeis, hermanos míos, en que solemne ocasion fueron pronunciadas estas palabras; Judit acababa de cortar la cabeza al cruel Holofernes, y la tenia en la mano cuando fué recibida por esta aclamacion que salió del pecho del sacerdote de la antigua ley: «¡Oh mujer admirable! tú eres la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel, la honra de nuestro pueblo.»

La Iglesia de Jesucristo repite estas mismas palabras en honor de la santa Virgen y de las vírgenes católicas.

Judit ha sido el tipo de las mujeres cristianas y la sombra del destino sobrenatural de la augusta madre de Jesucristo. Yo me propongo hablaros, en una plática sencilla y familiar, del apostolado de